



# DAVID JATO. EL HOMBRE DE TRAJE GRIS

**PEDRO RODRÍGUEZ**

## CUANDO TIEMBLAN LOS “CHIHUAHUAS”

Fue muy bonito, mire usted: habíamos roto a hablar a las cinco, y a las seis empezaron a llegar los hijos. El pequeño cogió un manojo de lápices de colores y se puso de rodillas sobre la mesa donde estaban nuestros coñacs, y dibujó guerreros, muchos guerreros, viejos y jóvenes, y pequeños corazones encima, y de vez en cuando miraba tímidamente a su padre.

—Ahora se pasa el día dibujando guerras.

—Ya.

Pues no casa, demonio. No casa con el archivo: “Nuestro camarada Jato Miranda”, y cien adjetivos colgados sobre su cara afilada, sobre su rostro impasible. No casa que no haya engordado ni un solo kilo, que el piso sea pequeño y barato, que siga llevando el mismo traje gris, los mismos ojos húmedos, fríos, tristes. A veces, según entra la luz, se parece a Manolete de los lunes; a veces, a Argenta después de haber interpretado a Vivaldi. No casa siquiera “Gigante”. Debería ser un perro-lobo, pero es un “chihuahua”, de ojos llorosos, que gime suavemente.

—Lo malo es que tiemblan mucho.

—Ya.

Se le acurruca en los brazos y no se sabe quien da más calor a quien. Hay máscaras mejicanas, “he estado muchas veces en Méjico”, idolillos de barro y un José Antonio de mirada dura surgiendo tras los libros viejos. Por lo demás, es el mismo archivo: la cara afilada, los ojos impasibles, sin levantar la voz jamás, sin trabar una sola palabra. Como si hubiera acabado de escribir “La rebelión de los estudiantes”. Sin una sola finta, sin pedir cartas...

Jato chico acaba de disparar un cañonazo con un lápiz amarillo.

## LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

—¿Usted es asturiano, no, Jato?

—Sí.

—¿Qué pasa con los políticos asturianos? Parece que ya yo salen tantos. ¿Acaso eran demasiado apasionados?

—Bueno, no es una cuestión asturiana. Es que políticos hay pocos. A mí me parece uno de los gravísimos males del país. Es notorio que hay técnicos importantes, que hay gente con entusiasmo y empuje, pero políticos no existen hoy. Posiblemente, la causa sea que hemos sentido un absoluto desdén por la política. España, históricamente, ha tenido etapas tristes, pobrísimas, en las que, sin embargo, había políticos brillantísimos. Es curioso, porque esta situación está en contraposición a las del 36, cuando se sentía un desdén absoluto hacia la Economía. Es más: los grandes políticos de la República no dedicaron ni media página, ni siquiera con el rigor y la altura de un bachiller hacia la situación económica del país. Lee usted a Gil Robles, lee usted las inmensas memorias de Azaña, o a Largo Caballero, y desconocen la cuestión económica. Ahora, ocurre a la inversa. Nos hemos pasado al otro extremo. Incluso esa tendencia a hablar de la crisis de las ideologías ha contribuido a menospreciar la Política, cuando la verdad es que los políticos nunca han sido técnicos, sino que han gobernado y regido siempre con el único motor posible: un sistema de ideas, una ideología. Yo pienso que si no existe una ideología, no hay política posible.

—Ya, ¿pero qué ha pasado con los asturianos?

—Es que el reparto regionalista de Ministros no ha existido en la era de Franco. No ha tenido nunca esa preocupación. Naturalmente, tampoco ha habido un juego electoral que pudiera abonar ese reparto como antes. Tal vez ahora hay una mayor concentración de catalanes en los Ministerios, y pienso que no es por casualidad, ni siquiera porque haya nacido una generación catalana específicamente más apta para ello. Pienso más bien en presiones políticas, en las que los catalanes han sido siempre maestros.

—¿Quiénes eran los Jato?

—No, los Jato no tienen historia. Y, sin embargo, no eran felices, en contra de la tesis de los literatos de ocasión. Los Jato eran pobres. Mi padre era ferroviario. Yo creo que los felices son los que tienen historia.

—¿Puedo preguntarle de qué vive ahora, Jato?

—Sí. Yo soy funcionario del Ministerio de Trabajo, por partida doble. Soy director de la Mutualidad Laboral de Artistas y profesor de la Escuela de Capacitación Social. Hasta hace un año, y durante doce, dirigí una entidad cinematográfica, llamada “Uniespaña”.

—Bien. ¿Por qué no regresan ustedes, los viejos líderes?

—Yo no he sido líder. Pero, evidentemente, los hay. Lo que ocurre es que yo no voy más allá de nuestra Santa Madre la Iglesia, cuando habla en el credo de la Resurrección de los Muertos. Yo no creo en las resurrecciones. Aquí no se necesita la vuelta de los líderes, sino la aparición de líderes. Entonces yo creo que los líderes no salen de la nada. Pueden hacerse los técnicos pero no los líderes, si no hay actividad política. Tal como está trabada la situación política, lo que surgen son pequeñas cabezas de pequeños grupos de presión, pero no líderes.

—Entonces, Jato, ¿quiénes van a ser los líderes del futuro?

—Los españoles llevamos treinta años hablando del futuro. Muchos se han muerto sin comprobar sus profecías. Hace dos años estuve en Moscú y me puse a hablar con un ciudadano de esos que caen a tu alrededor sin que sepas si viene a interrogarte. Me hablaba de los planes futuros de la URSS. Y yo le decía que no entendía que después de cincuenta años de revolución, pudieran seguir hablando de planes para un período de otros cuarenta años. Yo creo que la medida del hombre es su vida, que los sacrificios han de ser a corto plazo. Preocuparse por el futuro cuando tenemos tantos problemas que resolver en el presente, me parece tirar balones fuera.

—El presente, Jato...

—Me preocupa el presente por lo siguiente: la Política española tenía una base popular con tres pilares. Uno, era la fuerza nueva, renovadora, creada al rededor de la Falange. El segundo, todo lo que se movía alrededor de la Tradición, considerado no sólo a los carlistas, sino a los seguidores borbónicos, un pilar cargado de neto nacionalismo. El tercero, esa fuerza confusa, inventada por los italianos, de la democracia cristiana, que antes se llamaba populismo. En este momento, sería muy aventurado afirmar que el Régimen puede seguir apoyado en esos tres pilares. Hay, sí, gente de esos tres pilares a favor del Régimen, pero también la hay en contra. En contra, no de una manera airada, pero, evidentemente, no se vuelcan en apoyo ni en simpatía. La única ventaja del Régimen, ante situaciones así, ha sido la de haber sabido anular como nadie toda clase de oposiciones. Todo tipo de oposiciones que ha tenido el Régimen, pausadas, de tonos suaves, agresivas, tirando piedras, todas han resultado inútiles. Se han gastado con mucha más velocidad que el propio Poder, lo que va en contra de una ley política que dice que el Poder se desgasta antes que la Oposición. Este

es, para mí, el mayor mérito del Régimen: haber sabido jubilar y sobrevivir a las oposiciones.

—¿Lo dice con amargura, Jato?

—Yo, personalmente, no tengo ninguna amargura. Hace dieciséis años, aproximadamente, Salas Pombo, que era vicesecretario y tenía en la mano todo aquel mundo de la Vicesecretaría, me propuso la Delegación de Prensa y Propaganda del Movimiento. Yo aproveché no sólo para renunciar al cargo, sino para darme de baja en la Falange. Se lo expliqué en una larga carta. Yo quería seguir siendo lo que era, lo que había sido siempre. Seguir en aquello ya no tenía finalidad. Naturalmente, no me iba al monte, se lo dije, porque, entre otras cosas, creo que cualquier otra cosa que venga después de esto, será peor. Al escribir aquella carta, me daba perfecta cuenta que se había acabado mi carrera política. Por eso no tengo amargura alguna. Yo pertenezco a ese mundo que llaman fatalista y tengo, no falta de respeto, pero sí una absoluta incredulidad por las ideas de los demás, y por las mías propias. Creo que se han acabado los dogmas.

## HABÍA QUE MORIR CON ALEMANIA

—Perdón, Jato; antes hablaba usted de los tres pilares. Si le han fallado al Régimen, ¿sobre cuáles se puede asentar?

—Naturalmente, el Régimen ha contado luego con más gentes, distintas de aquellos tres pilares. Pero yo no veo que representen una base popular. Podríamos decir que se representan a ellos mismos. Si acaso, hablemos de “la inmensa minoría” que decía Juan Ramón Jiménez...

—Pero usted fue Delegado de Propaganda, ¿no...?

—Sí.

—¿Y qué ha pasado con las viejas consignas, Jato? ¿Por qué duraron tan poco? ¿Nuestras relaciones públicas, las del Movimiento, las del propio Régimen, no han sido muy flojas?

—Yo fui encargado de la Propaganda, en una época en la que no cabían las florituras. Se empezaba a ver la derrota de Alemania. Todos los enemigos del Régimen estaban en el campo de los enemigos de Alemania. El problema era la variación de enfoque. La propaganda que se había volcado hacia Alemania, teníamos que llevarla a una etapa, cuando menos, de neutralidad. Aquello, para muchos, era una especie de traición. Dionisio Ridruejo, al volver de la División Azul, afirmó que “había que morir con Alemania”, que así lo exigía nuestro honor de españoles políticos. Si pensaba así un hombre como Dionisio Ridruejo, cuya flexibilidad ha quedado demostrada evidentemente después, imaginemos lo que pensarían los que se han quedado parados en el 17 de Julio. Digo el 17, porque el 18 ya es para ellos una catástrofe. Entonces, cuando era necesario dar aquel giro, era infantil jugar con ideologías. La posición política de España hacia fuera ha estado, creo yo, siempre entre la espada y la pared, no ha tenido opción de tomar otros caminos. Por entonces, para algunos, resultaba mucho más cómodo hablar de la Unificación como desastre político.

—Jato...

—La política estaba marcada por la tragedia. José Antonio fue un político marcado por la tragedia. Otros han quedado marcados por los negocios. Gil Robles, por ejemplo. Gil Robles, bien como político, o como abogado o como hombre, tuvo que ver con el “estraperlo”, tuvo que ver con el “asunto Nombela”. Después, que yo sepa, no se ha desmentido, apareció como agente de compra de armas en Lisboa. Tuvo algo que ver con el asunto de la fortuna de los Trujillo, con el asunto “Rato” y, ahora, con “Matesa”. Es un hombre que ha estado siempre en el centro de los grandes “affaires” político-económicos del país. Otros, en cambio, estuvieron marcados por el drama. Como Melquiades Álvarez, asturiano ya ve, asesinado estúpidamente sin tener arte ni parte. Indalecio Prieto parecía regodearse con su miedo...

—Jato: antes citaba usted la Unificación. ¿Realmente aquello significó el fin de la Falange?

—No. El final de aquella Falange fue el fusilamiento de José Antonio. Con José Antonio, aquella Falange hubiera continuado, con unificación y sin ella. Sin José Antonio, hubiera muerto incluso sin unificación. Yo creo en el hombre. Todo lo que tiene de bueno, de positivo, de hermoso la actual rebeldía juvenil es su intento de revalorizar al hombre. La Falange estaba haciéndose. Entre las primeras palabras de José Antonio y las últimas, hay verdaderos abismos. La vida de la Falange y la vida política de José Antonio son tres años nada más. Ahora parece, se le ve, como si hubiera sido un político que hubiera tenido influencia en una larga época de la historia. José Antonio sólo vivió políticamente tres años, y, desde su muerte, nadie pudo continuar, ni siquiera en ínfima medida, su obra. Así murió su Falange. Con él.

—¿Y por qué a veces parece que se la quisiera enterrar?

—No lo sé. A mi me parece un error. Además, no lo podrán enterrar. Es una tarea inútil. Tiene una vitalidad,

como se demostró, capaz de resistir hasta el hecho de compartir el poder con sus mayores enemigos. Ahora, en la Universidad hay unos grupos, no minoritarios, que basan su ideología en José Antonio. Se llaman Falange Española Sindicalista y tienen un exacto sentido de lo que era José Antonio, y consideran enemigos suyos no sólo a los comunistas, sino a otros grupos patrióticos y nacionalistas. Porque hay grupos, como los de “Fuerza Nueva”, a los que se considera, desde la calle, equivocadamente, falangistas. Estar en contra de todo eso presupone que saben dónde está lo cierto de la doctrina de José Antonio. Son chicos a los que, naturalmente, les molestan las charangas patrióticas y el que algunos quisieran hacer a la Virgen del Pilar, Director General de Seguridad...

—¿Qué sería José Antonio, hoy, Jato?

—Bueno, ese es un juego absurdo...

—Ya. Me refería a si la situación, la mentalidad de la política habría cambiado sustancialmente con él...

—Es que yo no sé si José Antonio hubiera sido un mal o un buen político. Con estas cosas, se dan fenómenos muy curiosos. Franco, antes de llegar al Poder, no reunía, teóricamente, condiciones de político. No es un gran orador, no hace frases brillantes, no adula, no hace concesiones, no hace promesas halagadoras. Yo no le he visto, siquiera, en treinta años, abrazar a una vieja, que es lo que hace inmediatamente cualquier político en cualquier país. Y, sin embargo, hasta sus mayores enemigos han tenido que reconocer su enorme talla de político. Con José Antonio ocurría lo contrario, teóricamente. Pero habría que haberle visto gobernando. De lo que si estoy seguro es que hubiera sido capaz de crear una doctrina que siguiera ilusionando a los españoles. Aún hay gentes, directores generales, algún Ministro, incluso, que repiten frases de él, a veces sin decir de quién son. Si después de treinta años de haber estado abusando de las palabras de José Antonio, aún se mantienen vivas, ¿cómo no hubiera sido capaz él de seguir creando palabras vivas...?

## NOSOTROS HUBIÉRAMOS IDO MÁS LEJOS

—Bien. ¿Cuáles serían sus consignas, Jato, las de 1971...?

—Las consignas son un invento comunista. Es cierto que la edad de oro de la propaganda política, después de San Pablo, nace con Lenin. La consigna es casi siempre una mentira. Reducir una situación a una frase, no tiene valor. Para hablar del futuro en este país hay que contar con un factor: Franco. Nadie sabe cómo mide el tiempo, por cuál reloj rigen sus horas. En la guerra desorientaba al enemigo así. Su ritmo de guerra no podía ser entendido. Y su ritmo de paz, tampoco. Franco reacciona a unos móviles que no son los del resto de los españoles. Aquel embajador inglés que creyó que centraba el gran secreto de Franco diciendo que “hace política de gallego”, no acertaba. Es más complejo que todo eso. Es imposible predecir cómo va a ser nuestro futuro.

—Bueno, están las instituciones, ¿no...?

—Las instituciones son unas con una persona y otras con otra.

—Pero no podemos seguir matándonos cada treinta años, Jato...

—No, yo no creo que volvamos a matarnos. Nuestra guerra civil ha sido la última. A mí me asustan otras cosas. La discontinuidad. La capacidad increíble para el olvido. He leído las declaraciones de Ruiz Giménez a un periodista francés, que vienen en un libro de Sergio Villar, en “Ruedo Ibérico”. En el prólogo se afirma que poseen la cinta magnetofónica, por si hubiera alguna duda. Ruiz Giménez hace un repaso de su vida. A mí me ha asombrado que de la guerra civil sólo elogia a una persona: a Galarza, del que todos los testimonios indican que fue uno de los inventores de la “saca” de las cárceles y responsable del asesinato de miles de inocentes. Yo no he leído jamás otro elogio de este hombre que el de Ruiz Giménez. Luego afirma que sí, que fue combatiente, pero que no disparó jamás un tiro. Que sí, que fue Ministro, pero que jamás lo pidió ni lo quiso ser. Da la impresión que lo llevó la Guardia Civil a El Pardo y cabe suponer que también lo llevaron a rastras a la Embajada en el Vaticano. Se olvida de sus discursos sobre Franco, cuando hablaba de él poco menos que como la cuarta persona de la Santísima Trinidad, de cuando en El Escorial exigió que los catedráticos de Facultad fueran nacionalsindicalistas y pidió se creara un cuerpo que vigilara el nacionalsindicalismo de los catedráticos... Cuando un hombre olvida todo esto, cuando lo olvida sin decir “he cambiado”, que me parece una postura justificable, me parece que no es legítimo. Esto ocurre con un hombre como Ruiz Giménez, de una moral indiscutible, un hombre de los que llamamos de “comunidad diaria”. ¿Cómo juzgar estos casos? Este es el gran fallo de los españoles políticos: la volubilidad, incapaces de permanecer en una línea. Si Ruiz Giménez es capaz de pasar por esos olvidos, ¿cómo no vamos a pensar en que la masa es así? A veces pienso que en este país, cualquier día de cualquier

año, se puede llenar la plaza de Oriente para una cosa y volver a llenarla para lo contrario de esa cosa...

—¿Está resentido, Jato?

—Mire usted: hace un mes me llamaron para asistir a una reunión de unos treinta o cuarenta universitarios, que trataban de “fundar” el SEU. Es un movimiento que ha surgido ahora, han aparecido estos días letreros en las Facultades, tienen delegados y, desde luego, no son media docena. Y no querían hacer un SEU político, sino profesional. Porque la Universidad, actualmente, está llena de grupos políticos, pero no hay grupos que arreglen los graves problemas de condiciones pedagógicas, de... Hay situaciones y problemas increíbles. Cuando a estos muchachos les llaman “contestarios” y rebeldes, yo pienso que nosotros, en esas condiciones, hubiéramos ido más lejos en la protesta... Bueno. Yo no quise intervenir en ese proyecto. Desde mi punto de vista, es un error tratar de resucitar el SEU, por lo menos, si se le quiere dar ese nombre. De verdad yo no tengo nostalgias. Ya le he dicho que no creo en la resurrección de los muertos. Si acaso tengo nostalgia de que exista una política en la que jueguen ideas y sentimientos por encima de la economía. Me parece que el reposo económico no es incompatible con el entusiasmo. Y, además, me parece peligroso, como se demostró en la crisis política del Consejo de Burgos. Yo no me hago ilusiones de que esas masas que salieron a la calle fueran falangistas. Pero cuando la masa sale, necesita asirse a unos símbolos, a unas canciones y sólo encuentran todavía los símbolos falangistas. Yo le oí decir a un Ministro actual que, en el momento de entroncar con Europa, había que tirar por la borda símbolos y canciones. Yo le dije que símbolo que se tire por la borda debe ser sustituido por otro. Si no será sustituido por los enemigos. No sé... Con todo eso, con todas las manifestaciones, yo pienso que la tendencia a disgregarse se va a hacer mayor en el futuro. Que tarde o temprano se irá a alguna forma de asociacionismo y que eso será el primer paso para que núcleos aún con fuerte arraigo desaparezcan.

—¿Y Usted no va a entrar en ninguna asociación?

—Yo entré en una y no entraré más. Aunque se llamase Falange Española.

## NOSOTROS LOS GRANDES REBELDES

—Su viejo libro, Jato... ¿Sirvió para algo “La rebelión de los estudiantes”?

—Sí. Yo no creo en el “¿Para qué?”. La guerra fue un hecho inevitable. Ponerse en contra de lo que tiene que ser conduce a muy poco. Sin la guerra civil, el país, España, los españoles, sería inferior a lo que es hoy. Ahora que se están perdiendo los efectos de la guerra es bueno meditar en lo conveniente que fue, incluso, que durase tanto. Esta es una incógnita aún no aclarada por los historiadores. ¿Pudo durar menos? Hay historiadores que no entienden por qué duró tanto. Yo me paro en dos fenómenos. Uno, la hipótesis de que la guerra pudo acabarse en cuatro meses. El 6 de noviembre de 1936, las tropas nacionales quizá pudieron entrar en Madrid. Pero, ¿hubieran sido válidos estos cuatro meses para mantener estos treinta años? Entonces, los republicanos, o los “rojos”, como quiera, hubieran quedado humana y políticamente intactos. ¿Cómo hubiera sido posible gobernar un país con dos mitades? Cuando terminó la guerra ya no había otra mitad. No sólo se les había vencido humanamente, sino política e ideológicamente. Hay otra hipótesis: la guerra pudo terminarse cuando la ofensiva italiana sobre Guadalajara. Entonces, de haber sido así, ¿quién hubiera podido evitar la influencia italiana en nuestra política, cómo hubiéramos podido haber hecho una política nacional independiente, como se hizo después...? Yo he pensado mucho en esto. A veces pienso que no hubiéramos evitado muerte ni sacrificios si la guerra se hubiera terminado antes. De cualquier forma, nuestra guerra fue menos cruenta de lo que hemos dicho. Nos hemos llenado la boca con el millón de muertos, pregonándolo muchas veces, no como un lamento, sino como un orgullo. Los más rigurosos estudios no permiten subir la cifra de muertos total a más de medio millón, incluidos los asesinatos en la retaguardia. Se ha dicho que hubo cien mil muertos en Madrid. Yo puedo afirmar categóricamente que no llegaron a los veinte mil, y lo puedo afirmar categóricamente porque estoy haciendo un trabajo sobre ello, historia día a día del Madrid republicano, en la que no hay opiniones personales mías ni de nadie que haya estado en el bando nacional.

—Hablemos de los estudiantes, Jato. ¿Quién los mueve ahora?

—Lo fácil es decir que los mueve Moscú. O París. Pero no es cierto. Los mueve la inquietud que llevan dentro. Claro, es fácil sacar provecho de esa inquietud para otros fines; pero todo lo que no sea tratar de entender sus problemas, no será el camino para corregirlos.

—¿Contra qué les mandaría rebelarse ahora?

—Ellos lo saben muy bien. Es curioso: si queda algún movimiento de base espiritual en España es el de la rebeldía juvenil. Este fenómeno ocurre en un Estado católico confesionalmente y gobernado por muchos católicos no sólo de pila, sino confesionalmente. Y precisamente por razones no materiales están en contra de la política que se hace en España. Están en contra de la hipocresía. ¿Por qué tenemos el defecto de la hipocresía...? Algunos dicen que por la Inquisición, que nos hizo aparentar lo que no éramos y ocultar los sentimientos. El hábito permanece aún, y es frecuente que los hechos no respondan a las palabras. La última palabra de la Iglesia española parece que es la de “la Iglesia de los pobres”. ¿Y cuáles son los últimos hechos...? Una oposición clara a que en las escuelas se sienten juntos el hijo del rico y el hijo del pobre. Resulta asombroso que el Estado legisle en ese camino y que la Iglesia sea el obstáculo. A no ser que por Iglesia no se entiendan las congregaciones que tienen colegios. Los estudiantes no admiten este tipo de hipocresías. No tienen todavía necesidad de ser hipócritas y están en contra de los que, con sus palabras pudieran parecer estar a su lado. Sólo ellos saben adivinar quiénes hablan de verdad y quiénes hablan por hablar.

—¿Y cuando lleguen al Poder, Jato, cómo gobernarán? ¿En rebelde?

—Eso de creer que de una juventud rebelde nacen unos gobernantes rebeldes, es falso. Nosotros fuimos unos grandes rebeldes y de nosotros salieron muchos gobernantes conservadores. Muchos de nosotros, grandes rebeldes, hemos demostrado después que todo era una enfermedad juvenil...

—Bien. ¿Cuál fue su peor trago en los cargos oficiales?

—No sé. El disgusto que me quedó más grabado fue algo que no era sino anecdótico. A poco de terminarse la guerra, el SEU tomó importancia y tuvo que plantear una gran organización, con oficinas y empleados. Un grupo quiso que las jerarquías sindicales del SEU tuviéramos un sueldo. Yo me opuse y me mandaron deportado a Las Hurdes. Recién terminada la guerra, yo me quedé meditando en todo aquello: en por qué tenía que estar en Las Hurdes, en cuáles eran los motivos, en...

—¿Conspira ahora, Jato? ¿Conspira con los hombres de la nostalgia?

—No, nunca he conspirado. Yo comprendo la nostalgia de esos hombres. Pero se equivocan. No se dan cuenta que hoy la Falange es, para ellos, lo que era el Tradicionalismo para nosotros. Es conveniente que alguien conserve el pasado, pero esa actitud permanente nada tiene que ver con el falangismo.

—Y, al final, Jato, ¿cómo está repartido el Poder en España?

—El Poder está en manos de un sector, no de un grupo político. Yo no sé si en las sesiones del Consejo Nacional, algún consejero habrá dicho que el “Opus Dei” es un partido político. Si fue así, no merecería formar parte del Consejo, porque no se puede vivir con esa indocumentación. Ahora bien: si el “Opus Dei” no es un partido político, obra como un partido. De otra forma, ¿cómo puede explicarse que el centro del sistema económico, sus dirigentes, pertenezcan a ese grupo?

—Bueno, quizá ha nacido una nueva clase profesional y mental. Unos hombres, una generación, que supieron resolver la papeleta económica que no se supo resolver por otros...

—Puede ser. En lo que tienen un mérito indudable es en haber sabido afrontar una planificación económica —no digo que sea buena, ni mala, ni regular—. De cualquier forma, si no recuerdo mal, el padre Escrivá dijo una vez, venía a decir, que si algún día veía que algún miembro del “Opus Dei” llegaba a ser Ministro, a tener un cargo político importante, disolvería la Obra. Puede ser un juego de palabras, pero es evidente que hay gentes que pertenecen al “Opus Dei” y actúan en política. Lucio del Álamo, que, con permiso de Emilio Romero, es uno de los periodistas más sagaces del país, hizo una pregunta que nadie ha contestado todavía: “Si el célebre libro es un libelo, ¿son ciertas o no las Constituciones que incluye?”. Si lo son, es evidente que los miembros de la Obra están sometidos para todo a otra autoridad.

Es curioso: este es el único país donde esta eterna polémica se mantiene. ¿Por qué? No sé. Quizá, porque han sabido llenar un vacío.

—¿Quién lo dejó, Jato?

—Primero, la Falange. Después, la Acción Católica, con unos programas absolutamente ingenuos. Ningún falangista se hubiera atrevido a montar una gran empresa basada en el crédito oficial. Existía una especie de frontera moral. Yo he recordado que después de la guerra su fusiló a un falangista por vender unos botes de leche condensada. Existía una moral de grupo que impedía al falangista desviarse en lo económico. No es fácil sacar consecuencias de todo esto, pero a las gentes, si les hablan de republicanismo, lo que más recuerdan es el “estraperlo”. Las cosas económicas

influyen aún mucho en los españoles...

—Bien, terminemos, David Jato. ¿La de ustedes ha sido una generación perdida?

—Como generación, sí. He leído el libro de Federico Sopena “Defensa de una generación”. No es la defensa de los que nos reuníamos con él para organizar las milicias de asalto escuchando a Debussy. Es la defensa de un grupo de atolondrados alrededor de su capilla en la Ciudad Universitaria. Ya no existe el espíritu que crea una generación. La nuestra fue la única generación concreta, definida, importante, que ha habido en España.

—¿Por qué perdieron, Jato?

—Porque no se puede entregarse a una guerra y ganar la paz. El que lucha no es el que vence después. En la Historia, los hombres que crearon las etapas previas no son los que figuran después. Nos movimos al compás de grandes ideales y los grandes ideales conducen a grandes desengaños. Tiene que ser así. Yo no he cambiado, no he querido cambiar. Con la desilusión de ver que tanto sacrificio no iba a tener resultado positivo, nace el resentimiento, las actitudes negativas, y no se quiere cambiar. Parece como si fuera traicionar a los que murieron al lado de uno. De todo esto sale una generación machacada para la paz.

Entonces, el Jato chiquitín ha mirado a su padre, ha dibujado un guerrero caído, y “Gigante” ha ladrado suavemente...

[Entrevista de Pedro Rodríguez a David Jato publicada en el libro *A tumba abierta*, Ediciones PPC, Madrid, 1971, págs. 35-57]

